

ANCARES: EL PARAÍSO OLVIDADO

JUAN MANUEL SANDÍN PÉREZ

Viajar a los Ancares es viajar a la sorpresa. Es entrar en aquella mágica Península Ibérica de los Celtas. Es retornar a nuestro estado más primitivo y auténtico: el natural, aquel en el que el hombre no era sino una especie animal más que debía sobrevivir a las duras condiciones climáticas y a las nieves que cubren sin compasión estos valles en invierno.

Una suerte de paraíso no tocado aún apenas por la mano del progreso y la tecnología quedó olvidado donde las fronteras leonesa y lucense se confunden, para deleite de quienes encaminamos nuestros pasos hacia ellos buscando recuperar el ritmo perdido de la vida cansados ya de tanto mundanal ruido.

Dedicado a mi madre, que no conoce Ancares

«La situación del lugar era deliciosa en medio de un gran anfiteatro de montañas, praderas y valles cubiertos de bosques primitivos de robles y hayas. Nos dimos cuenta que tendríamos que vivir con menos comodidades de lo normal, pero prometimos volver al cabo de unos días, y después de dos horas de descanso salimos hacia Villafranca con la esperanza de llegar antes de la noche»

HANS FRIEDICH GADOW, *In Northern Spain*, 1897.

I

LAS GENTES

Desde Villariños, pueblo de altos horizontes, se puede contemplar la aldea de Castañoso: una decena viviendas de piedra salpicadas en medio de la inmensidad de la Sierra de las Peñas del Rastro. A su alrededor montañas. Nada más. Dicen que Castañoso fue uno de los pueblos que ni siquiera se enteró de la Guerra Civil, ubicado como está en los confines de la nada. Y es que por los Ancares no se va a ninguna parte, salvo a ellos mismos. Sus gentes se asentaron aquí en la noche de los tiempos y desde entonces sobreviven con sus autárquicas explotaciones ganaderas y cultivando centeno, el más sufrido de los cereales, y patatas en las laderas orientadas al mediodía. Hoy, pueblos como Balouta, Suárbol, Cantejeira, Piornedo, Quindóus, y Campo del Agua, siguen conservando, incluso habitando en algunos casos, las pallozas: viviendas circulares de piedra, techadas con paja o urz, que constituyen, según los estudiosos, el tipo arquitectónico más arcaico de la Península, herederas directas de los tiempos en los que aquí se adoraba a osos y estrellas. En las pallozas vivían, o mejor, convivían hombres y bestias. Un mismo techo vegetal para cobijar del frío exterior a vacas y personas, a veces durante días enteros, mientras fuera un manto blanco de mas de un metro de espesor lo cubría todo. Para no dejar entrar al frío estas viviendas no tienen ni ventanas ni chimenea, el humo se cuele por entre los cuernos de centeno.

En las interminables noches invernales, al amor de la lumbre, mientras las mujeres

hilaban, los hombres contaban historias fantásticas. Es lo que se conocía como el «filandón».

La ancaresa es gente amable, amante de la compañía, aunque sea forastera. Trabajadora y tenaz, como no podía ser de otra manera. El medio marca y forja la personalidad. Viven de su sudor y sudan para vivir. Quizás por ello, extrañas paradojas, aquí ochenta años son como cincuenta de una capital y así Maruja, de Cela, con 92 primaveras (o inviernos, que ya es decir), sigue ocupándose de todas, y digo todas, las labores de su casa. ¿Será porque si no nadie se las hace?

Cosas cotidianas como sacar a pastar al ganado, recoger las berzas que desafiando las duras condiciones salen en la pequeña huerta, lavar los vestidos a la orilla de un río medio congelado etc., se siguen haciendo con normalidad en pleno enero, cuando a nuestro "Land Rover" le cuesta llegar hasta aquí.



Paisaje cerca de Villariños (Los Ancares Leoneses) Foto del Autor

A finales de verano setas y castañas ocupan las tardes de estas gentes. Aquí también se varea pero no olivos, sino castaños. Y para llegar a los *soutos* (pequeños bosques domesticados) a recoger las castañas, basta con una vieja bicicleta con una cesta en la parte de atrás.

Conversar con estos hombres es recibir una lección de humildad y hospitalidad. Y ver como un torrente de sabiduría de la que dan los años y la experiencia, escapa por sus pequeños pero vivos ojos. Te hablan, en esa desgraciadamente cada vez mas en desuso mezcla de gallego y leonés que le da al habla ancaresa, según Dámaso Alonso y Valentín García Yebra que por aquí vinieron a estudiarla en los años cincuenta, "gran musicalidad y extraña dulzura».

II

EL MEDIO

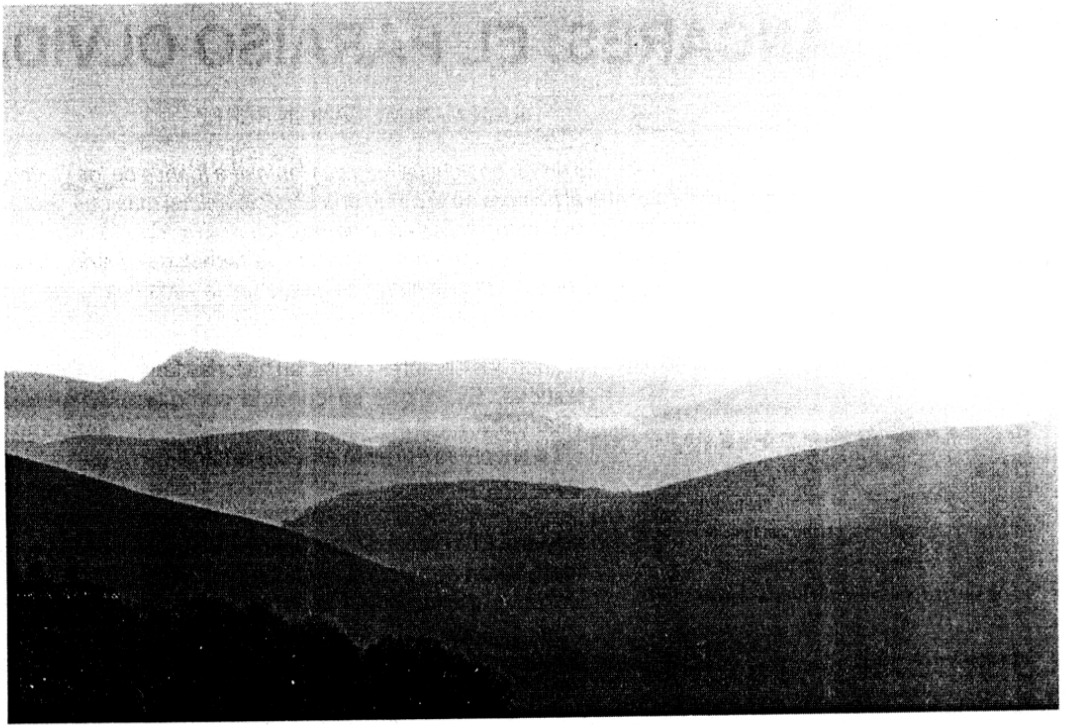
Ancares es pura montaña, frondosos y profundos valles, rápidos y cristalinos ríos, Ancares es naturaleza.

Un verdadero tapiz vegetal recubre estas tierras: castaños, melojos, carbayos, hayedos (los mas occidentales de Europa), abedules, serbales, arces, alisos, helechos,

sauces, acebos, arándanos.... conforman un medio idóneo por el que aún campean lobos, corzos, jabalíes, martas, urogallos, águilas, nutrias, e incluso alguna pareja de osos.

La vida bulle en su interior y una infinidad de formas vivas, desde pajarillos a insectos, la llenan de sonidos y colorido. En cualquier rincón puedes toparte con centenarios castaños o robles. Árboles descomunales, ciclópeos, verdaderos patriarcas de estos montes, con sus troncos cubiertos de cicatrices y musgos que la herida del tiempo y de los fríos ha ido dejando en sus cortezas. Son los últimos testigos vivos de ese bosque primigenio, virgen, que cubrió todo el Norte de España hace miles de años. Viéndolos, el corazón se entristece por saber perdido ya todo ese mundo, pero a la vez se admira de la solemnidad y el coraje con los que estos vetustos seres vegetales se resisten a desaparecer. A su alrededor, todo un dosel de jóvenes árboles crecen bajo su protección soñando llegar a ser como ellos.

Miravalles, Mostellar, Cuerno Maldito, Cuiña, Peñarrubia: nombres propios de montañas que muerden el aire rozando los dos mil metros de altura, formadas como el resto de la



Siluetas de los Montes de Ancares al atardecer Foto del autor



El autor, sobre un castaño centenario, cerca de Piornedo

cordillera con cuarcitas, areniscas, pizarras y afloramientos graníticos; de la época del Paleozoico. Todo un muestrario de formas de épocas glaciares, que se pueden ver por ejemplo en el valle glaciar en «U» del río Cuiña, o en los depósitos, canchales y morrenas de estas majestuosas cumbres.

El agua corre por todos lados. Los mas

de dos mil litros anuales de lluvia que reciben estos montes, bajan en forma de ríos como el Burbia o el Ancares, sembrando a su vez con decenas de arroyuelos las laderas y vaguadas. Son el hogar preferido de martines pescadores, nutrias, mirlos acuáticos, truchas y tritones. Aguas heladas pero puras, como certifica la presencia de estos animales en ellas.

En octubre, al comienzo del otoño todo un caleidoscopio de colores viste el paisaje: el follaje amarillo de los castaños y robles, rojizo de arces y hayas, verde de acebos, se convierte en un bálsamo para los ojos. Es la preparación para el largo y duro invierno que por aquí

se gasta. Durante los próximos cinco meses la vida se paralizará. La nieve se adueñará de estos pagos y el sonido del viento al pasar entre las ramas desnudas de los árboles y el aullido de los lobos, que hambrientos se reúnen en las brumosas noches, será lo único que se escuchará. Y en las aldeas, volverán los «filandones».

III

EL FUTURO

Con una superficie total de 12.770 hectáreas, la comarca de Ancares ha visto disminuir su población, como el resto de la provincia leonesa y lucense, de forma continua y alarmante durante las últimas décadas. En 1991 de los 32 núcleos habitados en la vertiente leonesa, la mayor parte tenían menos de cien habitantes, y ocho ni siquiera llegaban a los veinticinco. En la vertiente gallega, el municipio de Cervantes ha pasado de 7.952 habitantes en 1950 a menos de 2.300 en la actualidad.

El secular aislamiento de esta zona ha obligado a los jóvenes a emigrar hacia las ciudades en busca de un medio de vida, y hoy sólo los mayores, reticentes a abandonar sus casas, aguantan. Pero por poco tiempo.

El progreso está llegando hasta algunos de sus rincones en forma de antenas parabólicas, «urbanitas» que construyen sus horterías casas con materiales modernos y colores chillones rompiendo la unidad visual y paisajística de estos pueblos con el medio, y también con la creación de alojamientos de alquiler rural, tan en auge en la actualidad, que posibilitan la llegada de mas visitantes temporales. Pero al llegar el invierno, el crudo invierno, la calma regresa de nuevo a este país, que vuelve a quedar olvidado, y cada vez mas vacío de gentes, bajo la nieve.